

# Apuntes para un viaje a Alemania

ALEMANIA TENÍA PARA MÍ LA FORMA DE UN TUBO. UN tubo largo y oscuro por donde se movían los trenes. Esto, y algunos nombres de actores aprendidos en películas mudas de los años 20, era cuanto sabía del «imperio» y sus diferentes provincias; también, algo de su literatura.

De hecho, esa imagen de Alemania como túnel donde cualquiera podía perderse, la obtuve en un relato de Uwe Johnson que leí en mi adolescencia. Allí, el personaje narra un viaje en tren entre las dos mitades, no recuerdo si separadas ya por el muro, y cómo la vida alrededor de esos vagones tenía cierta intensidad de fantasma, terrenito hueco.

Desde ese momento tuve deseos de conocer Berlín –para mí del mismo tamaño de toda Europa– y hacer un viaje parecido al de Johnson por cualquier lugar. Suponía que un escritor «duro» necesita Ese tipo de experiencias para encontrarse consigo mismo.

Con los años mi visión ha cambiado. He dejado de creer en todo suceso que signifique *la*Verdad, entendiendo esto como razón definitiva, y he empezado, más bien, a fijarme en el movimiento inútil que todo esfuerzo posee, su lado idiota-ridículo, como le hubiera gustado escribir a Robert Walser.

Lo que más me preocupaba a mi llegada a Alemania eran los estereotipos. No porque creyera demasiado en ellos: como todo «buen hijo de familia» sé que en un gran porcentaje no dicen nada, son la repetición estéril de algún tipo de error. Pero esto dejaba afuera un porcentaje donde lo peor podía cumplirse. Y sobre los alemanes, más allá de que fueran puntuales, fríos, filosóficos, siempre había escuchado lo peor; y lo peor es lo que escapa al control del animalito humano. Lo peor es lo peor, me había dicho en La Habana un amigo, con tres lagrimitas en los ojos.

Para reforzar esa idea estaba aquel edificio de turcos ardiendo en Hoyerswerda, especie de gran cocina que de pronto había explotado, y las noticias siempre alarmantes de algún desfile nazi aquí o allá... *lo* Peor, no había duda, y

Carlos A. Aguilera

yo debía, junto a mi familia, enfrentarme a ese destino de opereta. Con todos estos temores bajamos en Düsseldorf.

Más allá de los letreros ininteligibles del mismo aeropuerto —en cualquier lugar del mundo las indicaciones están en varios idiomas, en Düsseldorf sólo en alemán—, nuestra *noticia* de Alemania es que era espacio perfecto: un lugar donde todo había sido calculado (digerido) y sin opciones para el fuera-de-ley. Mi miedo las primeras semanas, incluso a tirar los cabos de cigarros en la calle respondía a esto. Pensaba que donde quiera había una especie de brazo mecánico que, a la más mínima infracción, me cogería por la espalda y me levantaría, castigándome.

Una mañana, el acto de ver como una muchacha lanzaba su cigarro y después cruzaba la calle (sin esperar la verde) fue para mí liberador. A partir de aquel momento, Alemania comenzó a convertirse en una maqueta habitable.

La culpa de esa lectura del «imperio» como maqueta la tenían los cubanos que habían viajado años antes a la RDA. Ellos siempre hablaban de la pulcritud alemana, y cómo era una sociedad donde todo había sido medido hasta el milímetro, sin posibilidad alguna para la sorpresa. Recuerdo aún la anécdota sobre una persona que había botado un pequeño papel en la calle y ocho o nueve cuadras después había sido detenido, multado y obligado a recogerlo.

A pesar de que la persona que contó esto nunca mencionó tal locura, imaginé que el policía había hecho retroceder al cubano retorciéndole una oreja y arrodillándolo *para que aprendiera de una vez la diferencia alemana*. En una sociedad de extremo orden, le explicaba después yo a mi mujer, cualquier violencia resultaba lícita.

Lo mismo con el clima...

Quien haya leído las obras de teatro de Virgilio Piñera, el dramaturgo cubano más escatológico del siglo XX, notará que más allá de la temperatura —que a decir verdad en Cuba es asfixiante— sus personajes siempre tienen calor, una especie de *sofoco* interno, menopausia, como si toda realidad para concretarse se moviera encima de una plancha caliente.

Alemania, según los cubanos de la RDA, con sus varias temporadas de invierno (el otoño y la primavera germana es también para los cubanos *el* invierno) y su arquitectura de colores pasteles, era todo lo contrario, una suerte de paraíso de la carne, del consumo, pero invivible, especialmente en meses de poca luz y bloques de nieve. Un lugar donde podía estar nevando años sin parar.

Lo primero que habría que decir es que por suerte en Bonn, la ciudad donde viví, con pequeñas interrupciones, doce meses, sólo nevó dos días y lo suficientemente alejados entre sí para que la experiencia no se volviera catastrófica; cosa que me corroboró un amigo de Berlín al exponerle mi miedo y empezar a reírse.

Además, los alemanes, más allá de cierta distancia que a primera vista hay en su trato, tampoco me parecieron tan cerrados. Algunos hablaban bastante, incluso más de lo que yo estaba dispuesto a escuchar, y reían sin estridencia, como si todos los traumas que mi miedo había depositado sobre ellos no los atosigaran.

Con esto, no quiero decir que mi «vida alemana» fuera siempre amable. Había días que iba al supermercado y me parecía que todos tenían rostro-de-asesino. Estaba seguro de que me odiaban por el simple hecho de parecer turco pero no serlo, e intentaba desde la indiferencia mostrar mi «superioridad». Pero, esto sólo fueron pequeños momentos, momentos de guerra, por decirlo de alguna manera, y siempre era interesante ver como, después de *bajar* varias cervezas, algunos pasaban del recato a la torpeza sin hacer transiciones. Esa misma persona que te había pedido disculpas por un roce media hora antes, ahora eructaba en tu cara, cantaba en voz alta y empezaba a observarte de manera extraña. Era una lucha entre la caricatura y su contrario, o mejor, entre varios estereotipos.

En su *Eichmann en Jerusalén* Hannah Arendt muestra el modo en que precisamente los totalitarismos modernos han convertido al hombre en un gavetero de estereotipos. Un hueco-Ley. Esta «verdad» aprendida en Cuba valía (vale) más para mí que cualquier cosa leída antes o escuchada después. Los estereotipos no sólo eran esos que sin querer yo traía y colocaba ante el otro. Era también ese esfuerzo alemán por esconder cierta rudeza y la manera en que ésta se tornaba inefectiva. El momento en que el ser tropieza con su propia sombra.

Cosa evidente en nuestro primer viaje a Berlín.

Entre las muchas cosas que enfrentamos estaba una obra de Anselm Kiefer que aún me sigue pareciendo una de las reflexiones más poderosas sobre individuos, mentalidades e historia construida alguna vez.

En medio de una sala medio vacía, que antes había sido terminal de trenes, el artista había desplegado un gran archivo de documentos hechos todos de plomo y acero con espejos disimulados. En la medida en que recorríamos la escultura comprobábamos como nuestro rostro se desfiguraba ante estantes de *files* y libros corroídos, y como la pregunta por el destino alemán —la pregunta que de una forma u otra había trastornado a Europa durante años— había desembocado en un crimen doble, el de esos estantes achicharrados por la razón (quizá también por la de nuestros ojitos en los espejos) y el de esos estantes levantados en nombre de la razón misma. Movimiento binario que, más que nada, señala una cosa: la relación entre intolerancia y subterfugio es mucho más compleja de lo que suponemos; por fatalidad, siempre finaliza en estereotipos identitarios.

El mismo amigo de Berlín que un tiempo antes se riera de mis comparaciones entre frío alemán-frío cubano y de lo que llamara «mis sutilezas étnicas sobre la temperatura» me contó, después de haber tomado café en su casa y compartir unos sándwiches, sobre la antigua propietaria de la clínica en los bajos de su edificio. Ésta había sido descubierta por el calvito del apartamento de enfrente, o su hijo, y había sido procesada con gran expectativa en todo el país. Durante años, había hecho injertos entre varios niños de la *Prenzlauer Berg* e incluso entre animales y niños menores de diez años. Cuando fue atrapada aún tenía dos cadáveres en una nevera grande donde también almacenaba otras cosas.

Lo tremendo, según D., es que esta mujer era muy querida en la zona y vivía en Chodowieckistraße desde mucho antes de la caída del muro, cuando

aún las Alemanias estaban divididas. Su trato era siempre el de una mujer amable, cosa que la hacía sobresalir entre las demás.

Hablo de este hecho porque bien podría ser un capítulo en ese libro aún no escrito sobre «enfermedades» (algo así como el libro que siempre estará por escribirse), y como precisamente todos vivimos entre la imagen que deseamos proyectar y la imagen que intentamos esconder: galería de espejos que se repiten hasta el infinito.

Incluso este amigo de Berlín era en sí mismo un tipo raro. Pasaba de la locuacidad al mutismo sin detenerse demasiado, y tenía una fascinación por las arañas que me hizo no dormir en los cinco días que nos alojamos en su casa. Las tenía amontonadas en una sucesión de jaulas de cristal contra la pared y su principal entretenimiento era dejarles caer un polvillo blanco en el lomo para ver cómo se fajaban. Para él, este juego sintetizaba la humanidad, la lucha de poder entre diferentes especies.

Estos enfrentamientos provocados por su filosofía a mí me parecieron igual de espantoso que las operaciones que la mujer de la clínica hacía con niños pequeños, y me hicieron, después de abandonar Berlín, evitar toda comunicación con él. Incluso borrarlo de mi lista de amigos. Una sola cosa, tengo un asco terrible a las arañas.

Aún tengo presente cómo en el cine Ideal, a un pie del arco de Belén en el barrio judío de La Habana, tuve que salir a mitad de una película de Fritz Lang por ser precisamente las arañas y los tejemanajes de la mafia china con los arácnidos su tema. Las imágenes mudas de estos bichos subiendo y bajando en *close up* por la pantalla y de los chinos aplastando moscas para tirárselas entre las patas rebasaron mi límite. En ese momento, estuve otros cinco días sin dormir.

De regreso a Bonn, intenté olvidar la nota desagradable y concentrarme en lo que había observado. Para alguien proveniente como yo de un país con un alto potencial de *kitsch* ideológico, todas las postalitas que se venden en Unter den Linden resultan más que interesantes. Allí está la famosa reproducción en la que Brézhnev se besa con Honneker y suscitó interpretaciones y burlas en muchos sitios, las que muestran pedazos del muro y vistas del Checkpoint Charlie, la de la pancarta del forum de Leipzig... Incluso los sellitos para engancharse en la ropa me llamaron la atención. Estoy seguro de que todos esos «colgantes» servirían —más que otros— para hacer una lectura a destajo de la estética bajo el socialismo.

Investigación que si se hace tendría que asumir también los murales políticos que se han pintado durante más de cuarenta años de Revolución en Cuba, y las diferentes maneras que tienen de mostrar el «triumfo del estereotipo», la mala épica.

Especialmente delirante era uno que se encontraba al costado de un banco en La Habana Vieja. Representaba al Che Guevara deformado, casi sólo reconocible por su atuendo, la estrella en la boina..., y tenía entre el cuello y su rostro algo muy difícil de explicar, como si varias enfermedades lo hubieran convertido en otra persona: una caricatura entre Kim Il Sung y el fantasma de la ópera. Cada vez que veía este mural comprendía por qué el

Gobierno cubano tiene que reprimir una y otra vez. Un Estado que ridiculiza de esa manera a sus propios héroes es un estado que vive fuera de toda realidad, un Estado que necesita convertirse a sí mismo en monstruo para perpetuarse.

Conversión que conocían ya «en carne propia» algunos alemanes, sobre todo los *assis*<sup>1</sup>, y nos hacían hablar en los trenes, por ejemplo, sobre todo el absurdo que giraba alrededor del sistema socialista y su organización despótica. Sin dudas, nuestras vidas estaban atrapadas en lo mismo: habíamos visto hasta idénticos programas de televisión, y por mucho que contáramos resultaba asombrosa la manera en que el horror ideológico nos había cruzado a miles de kilómetros con miedos diferentes pero exactos, una suerte de idiotez sólo disimulable con una torpe parrafada sobre las nubes o una risita larga, histérica.

Los nacidos en el Oeste, por haber crecido frente a otro muro, me parecían no entender bien de qué se trataba –aunque intentaban– y muchas veces los escuché discutir sobre la incapacidad que tenían, según ellos, las personas que habían pasado su vida bajo la ortopedia estalinista: ¡esa parálisis! Yo escuchaba y miraba al cielo. Es muy difícil hacerle entender a alguien, incluso cuando lo ha vivido, cómo una ideología puede acabar con cualquier ilusión, hacerte mover las patitas igual que una cucaracha.

En Bonn, después de tomar varios cursos de idioma e intentar descubrir las diferencias entre los tipos de cervezas que existen, me concentré nuevamente en mi *novelle* y pude terminarla. En ella construía una ficción sobre el totalitarismo pero, desde el «hueco» de diferentes personas, y la hacía crecer no precisamente en Cuba sino en una especie de China virtual, territorio caricaturesco donde los personajes, más que identidad, fueran sacos vacíos, aire.

Para esto había visto antes la foto de un francotirador chino que me había impresionado. A lo largo de un campo se apilaban varias montañitas de gorriones muertos y en uno de sus extremos un hombre apuntaba hacia arriba, en posición de alerta. Esta foto provocó en mí una reacción tan extraña que, inmediatamente, escribí un poema sobre la relación poder-gorriones-muertos-gorrionesvivos, y cómo detrás de cualquier idea de Estado está siempre el crimen, campos enteros sembrados de francotiradores simbólicos.

Kertész, que como él mismo ha escrito sobrevive a varios horrores: Auschwitz, la invasión a Hungría de 1956, el capitalismo..., elabora en su discurso de Premio Nobel una pregunta de las más exactas que pueda hacerse un escritor en cualquier momento. Dice: «¿Qué escritor no es hoy escritor del Holocausto?». Esto, que más que pregunta es afirmación, merece un comentario aparte.

El día que volaba junto a mi familia hacia Alemania todas mis maletas fueron registradas en el aeropuerto de La Habana y algunos de mis libros decomisados. Entre estos estaba el libro de fotos que Leni Riefenstahl hizo a los nuba. Un libro con fotos aparentemente inocentes, que muestra cuerpos o escenas cotidianas de mujeres y hombres, rituales.

Durante unos meses me estuve preguntando por qué precisamente un libro así, donde nada atenta contra lo legal. Podía aceptar (no entender) que retuvieran libros de escritores prohibidos en Cuba o títulos sospechosos, como ese de Hannah Arendt *Sobre la Revolución*. Pero el de la cineasta alemana

en Sudán se situaba un poco más allá de mi lógica. ¿Qué intuyeron los policí-  
as de Aduana en ese mamotreto? ¿Qué vieron?

Sin dudas, fascismo. Pedazos de una estética donde el holocausto está con-  
tenido. Fetiches. Después de leer a Viktor Klemperer, un judío alemán que ha  
hecho una de las mejores reflexiones sobre el uso de la lengua en el III Reich,  
comprendí cómo precisamente los estados totalitarios están entrenados en  
detectar miradas; y aquellas tres personas lo que vieron fue el espanto de su  
propia mirada en el ojo de Riefenstahl, el instante donde horror y sublima-  
ción devienen único concepto.

Aquellas cabezas con ceniza blanca, aquellas imágenes de hombres decorán-  
dose el cuerpo, aquella de Riefenstahl bajando una montaña mientras un nuba  
encueros le extiende la mano tienen que haber sido suficientes para que la  
paranoia de los enanos de aduana se disparase, amenazaran con retenerme el  
pasaporte y localizaran a su jefe. No habían comprendido, comprender es a  
veces un acto muy difícil, pero habían *visto*. Y aquellos rostros tiznados de blan-  
co con una pátina de fango encima, podían ser lo suficientemente patológicos  
para indicar que estas fotos eran la continuación de la romántiquería fascista  
bajo otro escenario, ese «limpio-manchado» que tanto amaba Goebbels.

Y como escribe Kertész en su discurso, el holocausto es un más allá de la  
historia entre alemanes y judíos, una fractura irreductible a contextos. El  
poder de no decisión, el miedo a las interrogantes del otro, el ser despojado  
de lo más mínimo sin tener derecho siquiera a réplica, convierten a ese «con-  
junto de problemas» en ruleta continua, y un escritor es precisamente el que  
capta esa fractura e intenta algo con ella, el que ríe... Aunque sólo sea con  
una risita larga e histérica, tal y como hacían los *ossis*, cada vez que alguien en  
los trenes preguntaba sobre la grandeza del socialismo.

**P.S.:** He regresado después, esporádicamente, a Alemania. Si estos apuntes  
reflejan algo, más allá de su voluntad de boceto, es ese «camino erróneo» que  
a veces menciona la filosofía, donde la vida se confunde con la ficción, la fic-  
ción, con otra cosa. Por lo tanto, lector, no desespere si a veces mis descripcio-  
nes no son exactas o se ajustan esquizoidemente a la realidad. Un texto es  
siempre una verdad contraída a cero.

**1** Así se les llama en Alemania a las personas de la antigua RDA, es decir, los del Este.